

RAMÓN CERDÁ

EMPRESARIO Y ESCRITOR. En su número especial de verano, la revista *Tiempo* regalará a sus lectores *Confieso*, la primera de las novelas publicadas por este empresario valenciano.

“El sexo define el carácter de la persona”

POR ANTONIO DÍAZ

HACE DIEZ AÑOS, Ramón Cerdá (Onteniente, 1964) fundó un negocio dedicado a constituir empresas para su posterior venta. La razón de ser de su actividad se basa en la urgencia: mientras el procedimiento ordinario de creación de empresas se demora entre 45 y 60 días, él las vende ya constituidas en menos de 24 horas. Es evidente que el tiempo es oro para este empresario valenciano y hasta el más insignificante instante de asueto lo dedica a su verdadera pasión: la escritura.

En el año 2001 se estrenó en el mundo editorial con la publicación de *Confieso*, un tórrido thriller en torno al lanzamiento de la polémica autobiografía de un escritor de éxito. Cerdá reconoce que el personaje protagonista, Héctor Ramos, es un sosias de sí mismo. Por el momento, aunque sigue siendo empresario, está promocionando su faceta de escritor. Y esta entrevista le trae a la cabeza la que se desarrolla al inicio de esta novela, que regalará *Tiempo* en su número especial de verano la próxima semana.

No hay duda de que para usted escribir es algo más que un hobby.
Para mí es una vía de escape.

El protagonista de *Confieso* deja la abogacía para dedicarse a escribir. ¿Quiere seguir sus pasos?

No me lo he planteado seriamente, pero

“No me atrae el reconocimiento como autor que escribe muy bien pero vende pocos libros”

sí, efectivamente, me gustaría dedicarme exclusivamente a la escritura.

¿Qué le atrae más, el reconocimiento literario o el éxito?

El éxito. A lo mejor decirlo así no suena bien. Me refiero a llegar a mucho público al que le guste leer mis novelas. El reconocimiento como autor que escribe muy bien pero vende pocos libros no me atrae.

Después de *Confieso* se ha enfrascado en una trilogía que usted mismo considera su “proyecto más ambicioso”. ¿Se está preparando para dar el salto?

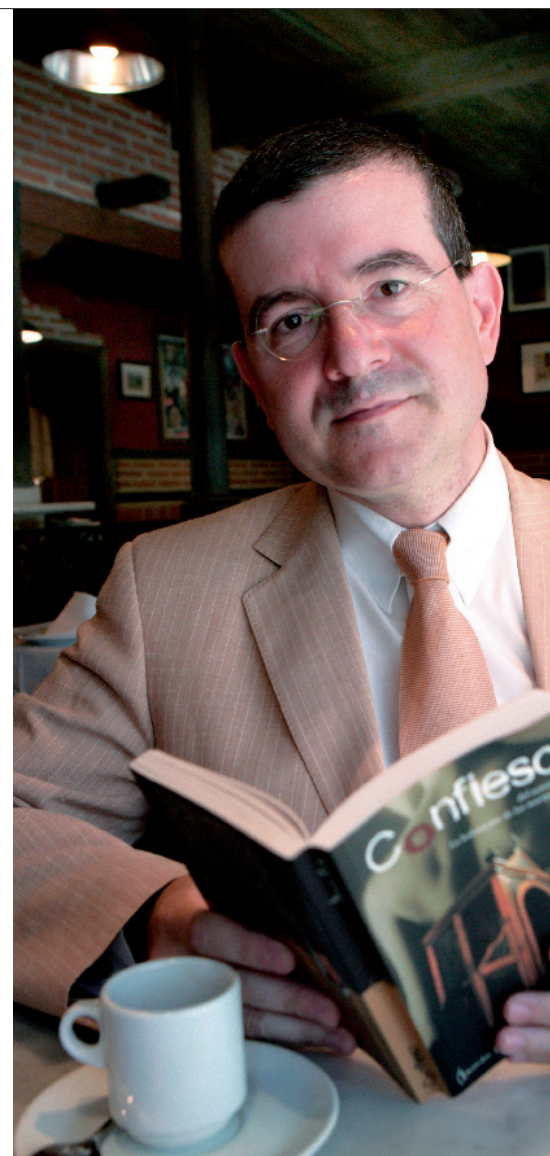
Eso espero. Es mi proyecto más ambicioso por la trama, la forma en que están escritas y por el tamaño de las novelas. La primera de ellas, *La habitación de las mariposas* (ECU Narrativa), estuvimos a punto de adaptarla al cine.

Pero...

La presentamos en Sitges, había un director interesado, Agustí Villaronga, un guión, de Frank Palacios, y un presupuesto de 3,6 millones de euros. Pero la productora desapareció de la noche a la mañana. Esa fue la oportunidad que tuve de saltar y de que se me conociera.

Ha planteado esa trilogía sobre el tema del espiritismo y los sucesos paranormales.

Da mucho juego a la fantasía. Todo ese tema me viene por mi mujer, ella es la verdadera aficionada a estos temas, me lo ha inculcado y me ha dado orientaciones al respecto. No pretendo escribir novelas técnicas o históricas, la imaginación va por delante de todo.



Pero más allá del espiritismo hay otra constante que se da en toda su producción de manera muy significativa: el sexo. En ocasiones, de una manera muy explícita.

Sí, en las últimas, algo menos. De hecho tengo también una novela erótica, *Recuerdos*, que no está publicada. Para mí el erotismo es una forma de llegar al público. Forma parte de la vida y, por tanto, tiene que formar parte de la novela. Para que un personaje esté completo, hay que hablar de sexo. Creo que es básico, define mucho el carácter de las personas, el cómo se comportan, porque afecta a la vida.

¿Cómo es eso? ¿Conversa habitualmente con sus amistades sobre prácticas sexuales?

No, cada uno comenta lo que quiere. Yo tengo mucha imaginación. A lo mejor en el próximo libro utilizo un personaje que es un entrevistador y, aunque es la primera vez que lo veo, puedo imaginar y hacerle reaccionar en función de la impresión que me está dando en este



VENDEDOR DE EMPRESAS

■ Ramón Cerdá recurre a un símil genuinamente valenciano para describir la actividad de su empresa: “Cultivamos sociedades y las ponemos en la cámara frigorífica para venderlas todo el año. Como el agricultor que produce naranjas”. En otras palabras, vende empresas ya constituidas y ahorra a los compradores el proceso ordinario de constitución. Su negocio, sin embargo, ha recibido muchas críticas: “Me han puesto zancadillas Hacienda, el Colegio Notarial y el Colegio de Abogados”. La razón de tantas suspicacias deriva del uso ilícito que puedan hacer sus clientes tras comprarle una empresa, cuando Cerdá ya no tiene nada que ver con ella. “No puedo evitar que alguien utilice de forma ilegal una empresa que me ha comprado a mí”. En realidad, sólo se han dado cinco casos en casi diez años de actividad –con más de 8.000 empresas vendidas–. Aun así, dice estar saliendo de ese “oscuro túnel”, después de que el Gobierno le haya “dado la razón”. Tras una serie de iniciativas frustradas para reducir la burocracia (como la Sociedad Limitada Nueva Empresa o la ventanilla única), han “copiado” su idea, “constituyendo empresas y luego vendiéndolas, como están haciendo la Juntas de Andalucía y Extremadura”.

momento. El hablar con la gente me abre puertas.

Al inicio de *Confieso*, avisa: “Es posible que mucha gente que me conozca quiera ver en esta novela su autobiografía”. ¿Cómo reaccionó su entorno después de la publicación?

En el entorno más cercano creé un poco de polémica, la gente quería saber hasta dónde llegaba la novela y qué era realidad.

¿Podría confesar algo escandaloso de la novela?

Hay muchos aspectos autobiográficos, pero nunca diré cuáles son.

Por su profesión, conoce bien el mundo empresarial. ¿No se plantea escribir un thriller mercantil?

No lo descarto. Por suerte o por desgracia me han querido vincular con una serie de cosas y de ahí pueden salir algunos personajes. Puede que me anime a imitar a John Grisham y hacer alguna trama de ese tipo. ■

El pintor de palabras

“Poner manchas negras sobre papel blanco es común de escritores y pintores”, decía John Updike.

NO HA HABIDO en la historia de la pintura un artista menos literario que **Matisse**, y para comprobarlo basta con visitar la excelente exposición que sigue abierta todo este verano en el Museo Thyssen de Madrid (con horario tardío de cierre que los noctámbulos agradeceremos). En Matisse no hay *programas* temáticos, ni circunstancia, ni historia, ni siquiera personajes, pese a las muchas figuras que él pinta. Matisse es el gran veneciano del siglo XX. Liberado de las obligaciones mitológicas o sagradas o retratísticas que un **Veronese** aún tenía en el siglo XVI, el francés se dio toda su larga vida a la experimentación de las esencias de su arte: la pura forma, el color, la sensualidad, animadas por el instinto constante de lo jubiloso.

Pero unos pocos días después de ver esa exposición cayó en mis manos un reciente libro titulado *Y además sabían pintar. Desde Dostoevski y Proust hasta García Lorca y Sylvia Plath* (Maeva Ediciones). De aspecto, el libro parece, por su gran formato, por su poco texto, por sus lujosas ilustraciones en color, lo que los ingleses llaman *coffee table book*, pero la obra, que firma **Donald Friedman**, es algo más que un recuento de los escritores que, además de ser creadores de palabras, han sentido la inclinación de la imagen pictórica. La antología de Friedman es amplia y muy completa (aunque no exhaustiva), y el lector perdonará la inclusión de algunos pintamonas como **Dario Fo**, que ni siquiera es un notable escritor, pese al Nobel, o de los cuadros de **Tennessee Williams**, que no están a la altura de la obra de este maravilloso dramaturgo. A cambio de esos y algún otro desliz más, el lector puede repasar la importancia de artistas que admiramos sobre todo por su palabra, pero concibieron su actividad sin diferenciar la plástica de la poética verbal. Así fueron **Cocteau**, **William Blake**, **Artaud** y nuestro **Rafael Alberti**, e incluso **García Lorca**, cuyos extraordinarios dibujos cada vez son mejor comprendidos en el conjunto de su universo propio. ■



En Matisse no hay programas temáticos, ni historia, ni personajes, pese a las muchas figuras que pinta



Y luego están las sorpresas, abundantes. Para mí lo ha sido descubrir la actividad pictórica (un poco en el estilo de **Caspar David Friedrich**) del gran novelista austriaco **Adelbert Stifter** (que ya va siendo, aunque tardíamente, traducido en España), saber que **Nabokov** no sólo coleccionaba las mariposas que cazaba, sino que las dibujaba primorosamente a lápiz, o comprobar que **Carlo Levi**, **Joseph Conrad** y **E.E. Cummings** tenían tan buena mano con el pincel como con la pluma. Echo en falta la inclusión de **Juan Benet**, cuyos *collages* irracionales y marinas bélicas podrían figurar con más honra en el libro que los óleos de **Aldous Huxley** o las litografías de **Günter Grass**.

En su epílogo, **John Updike**, que también pintaba, aunque no pasará por ello a la historia, dice que “poner manchas negras sobre papel blanco es común de escritores y pintores”. Y es verdad que un cierto *horror vacui* es compartido por todos los artistas, escritores, pintores, músicos, escultores. Buena parte de los novelistas y poetas recogidos en este libro gozaban tanto pintando como escribiendo, aunque la gran mayoría tenía a la pintura como el escape o reposo de la literatura. Justo lo contrario de lo que siempre hizo Matisse. ■